amor de Jesús, seguros de ver en él la preciosa prenda de la inmortalidad!

Son tan graves los peligros de extraviarse en tantas sendas tortuosas que cruzan el camino de la vida: son tan formidables los motivos que tienden á desviar nuestros pasos: son tan densas las tinieblas que nos impiden distinguir el feliz término de nuestra peregrinación sobre la tierra, que si Jesucristo no es, como debe ser y nos lo ha prometido, nuestra luz y nuestro guía, es inevitable nuestra desgracia. Volvamos á Él nuestras miradas, pues le tenemos tan cerca, y pongámonos bajo su protección. Eso espera de nosotros, y por eso ha querido dirigirnos durante nuestro destierro, como la columna luminosa guió al pueblo de Israel en el desierto.

REFLEXIÓN XX

LOS GEMIDOS DEL ARPA.

Domine, ante te omne desiderium meum, et gemitus meus á te non est absconditus.

Todos mis deseos están, Señor, á tu vista, y no se te ocultan mis gemidos.

PSALM. XXXVII, 10.

I

"CÓMO cantar himnos de alegría en tierra extraña?" decían los Israelitas cautivos en Babilonia. Al descubrir las regiones que no vieron su cuna, ni contenían la tumba de sus padres, se detuvieron cerca del rio que baña esas comarcas, y, sentándose, comenzaron á llorar, acordándose de Sión. En los sauces que cubren las riberas del Éufrates, se les vió suspender sus instrumentos músicos, y ahogar en su dolor la pena que se sufre lejos de la patria.[1]

Nosotros también, lejos del cielo, encontramos por todas partes motivos para llorar; pero viendo

1 Salm. CXXXVI, 1.

la Divina Eucaristía en medio de nuestro destierro, no podemos dejar suspendidos de los sauces esos armoniosos instrumentos. Los descolgaremos, pues; haremos resonar sus melodías, pulsaremos sus expresivas cuerdas, para celebrar al pie de los altares la presencia del Señor. *Confitebor tibi in cithara, Deus, Deus meus.* Y si entonces, en medio de las dulces armonías, nos asaltan memorias de tristeza, busquemos en el fondo de nuestra alma el pensamiento que la inquieta y la perturba. *¿Quare tristis es anima mea?*[1]

Es la música la expresión de los grandes afectos del alma; es también la fuerza creadora de las vehementes emociones. Ella viene con sus festivas notas á aumentar la alegría; ella viene otras veces, en la aflicción, á hacer correr las lágrimas, con sus melancólicos acentos. La música es el idioma de los tristes recuerdos, que hacen palpitar el corazón conmovido por la representación de los pasados infortunios; es el idioma del corazón, que herido en sus más delicadas fibras por la desgracia, se consuela uniendo sus gemidos á las vibrantes pulsaciones de la melodía.

Esos sonidos, ya suaves, ya vehementes, cuyo bello enlace enajena y arrebata; esos sonidos cuya variedad cadenciosa y penetrante despierta los más profundos sentimientos del alma; se desvanecen, ¡ay! tan pronto como son escuchados, se desvanecen en alas del viento que se los lleva. ¿Quién podrá, pues, al oir las armonías más dulces, dejar

1 Salm. XLII, 5.

de entristecerse, observando esa fugacidad del sonido, imagen fiel de la fugacidad con que huyen de nuestra vista los más placenteros momentos, las escenas más agradables de la vida? *Periit memoria eorum cum sonitu.*[1]

¡Desgraciado el corazón que no se eleva á la altura de los grandes pensamientos, cuando escucha las notas misteriosas de la armonía! ¡Dichoso el que se encanta con ellas, y sabe, enternecido, ir á sorprender en el fondo de su alma, la esperanza de oir algún dia las armonías eternas de la Gloria.

Los corazones sensibles que aman á Jesucristo, y á Jesucristo en la Eucaristía, hallan en los tiernos acentos de la música el fundamento de sus ardientes aspiraciones. ¡Qué profundo conocimiento del corazón humano ha dictado la institución de esos sublimes cánticos, que, al eco de sonoros instrumentos, llenan el ámbito del Santuario! ¡Oh! ¡Cómo no extasiarse de ternura y de entusiasmo, al escuchar allí toda la sentimental poesía de David; esa poesía dulcísima que contempla en Dios todo el objeto de su alabanza; esa poesía verdaderamente magnífica, que todos los siglos cristianos se han honrado en repetir, entre torrentes de lágrimas! ¡Cómo no recordar las patéticas vibraciones del arpa, sí, de ese instrumento sagrado que el Rey Profeta regó tantas veces con el llanto de la penitencia!

1 Idem IX, 7.

II

Mas ¡ay! el alma que se convence de su desgracia, sólo sabe gemir. No viendo en sí misma sino las horribles manchas del pecado, se juzga indigna de presentarse ante la majestad de Jesucristo en la Eucaristía. Ni se atreve á estar, como el Publicano del Evangelio,[1] á las puertas del templo, sino que, avergonzada, confundida, respirando amargura, se empeña en separarse de esas almas afortunadas que, alegres con la amistad del Señor, se gozan en su presencia, prorrumpiendo en himnos de júbilo. El alma, triste por la culpa, se retira llorando del Santuario, para ir á desahogar su profunda tristeza en el silencio de la soledad. No lleva consigo más que la cítara del dolor, para implorar misericordia; pero ¡ah! ella no puede ocultarlo: va tan dulcemente impresionada de la clemencia de Jesús en la Eucaristía, que, en medio de su pena, hace propósito de volver sus miradas al Santuario desde su habitación, donde va á llorar noche y dia, y á enviar desde allí hasta el tabernáculo sus desgarradores gemidos.

¡Qué honda es la amargura del que se conoce infeliz por su propia culpa! Este es el cruel tormento que llevan en sí mismo, desde esta vida, los infelices pecadores.....

Tal vez la débil claridad de la luna ilumina el

1 San Lucas. XVIII, 13.

recinto donde el pecador deplora sus desgracias.... Pero brilla otra claridad en su corazón: brilla la luz resplandeciente de la gracia. Esa luz Divina hace aparecer en toda su extensión la cadena de las iniquidades que han llenado todos los dias de la vida pasada; descubre toda su repugnante deformidad y sus más recónditas ramificaciones.

¡Qué cuadro ve el alma en sí misma! Cuadro de horror y desgracia, que la hace preguntarse: ¿por qué estás triste?..... Cómo no he de estarlo, se responde á sí misma, si la paz ha huido de mí, si los remordimientos me devoran, si Dios, á quien desearía ver como amigo, está agraviado por mis crímenes.

El alma empero recuerda que en la Eucaristía se halla toda la bondad Divina, que le ofrece el perdón, y recuerda también á David, que, en otro tiempo, con los ecos conmovedores del arpa, se deshacía en lágrimas. Y el alma, herida por esa imagen y por el recuerdo que trae consigo, escucha dentro de sí misma los gemidos de David y las tristísimas vibraciones que los acompañan, y traspasado el corazón de temor, de humildad y de dolor, gime cada vez más, volviendo, desde el solitario albergue, sus miradas bañadas en llanto, hacia el Santuario en que vive la Divina Eucaristía....

III

Y entonces, sobrecogida, inquieta y trémula, el alma une sus palabras á las de David, y exclama: "No me reprendas ¡oh Señor! en medio de tu ira, ni me castigues en la fuerza de tu enojo. Ten compasión de mí; estoy sin fuerzas; sáname; mis huesos se han estremecido, mi alma se encuentra extremadamente turbada. ¿Hasta cuándo? ¡Ah! Vuélvete ¡oh Señor! á mí . . . . líbrame, sálvame por tu misericordia. . . . Si muero, ya no me acordaré de Tí. . . . En el infierno ¿quién te alabará?

"Me he consumido á fuerza de tanto gemir, en vista de mi pecado; para expiarle, bañaré en llanto mi lecho todas las noches; regaré con mis lágrimas el lugar de mi descanso."[1]

Y el alma sabe que el eco de su voz ha llegado, venciendo la distancia, hasta el fondo silencioso del tabernáculo. Aunque la confianza la reanima, vuelve á postrarla el dolor . . . . . Cesa de hablar, pero no cesa de gemir . . . . ¡Ah! Es porque comprende bien lo que es haber ofendido á Dios.

¡Oh pensamiento, siempre tan olvidado, único que debe ocupar al pecador! ¿Oponerse á los fines de Dios? ¿Quebrantar la voluntad de Dios? ¿Despreciar á Dios? ¿Ser ingrato á Dios? . . . ¿Y quién? El hombre, que todo lo ha recibido de Dios.

¿Qué es el hombre respecto de Dios? Un sér

1 Salm. VI.

infinitamente pequeño, un gusano imperceptible que se arrastra sobre la tierra, el polvo mismo de la tierra, que, si está dotado de razón y de vida, es por el poder y por la bondad de Dios. . . . Y se atreve, en su orgullo, á decir á Dios: "no te serviré."[1]

Dios ha criado al hombre para hacerlo feliz. . . . "Entendimiento para conocer, voluntad para amar, corazón para sentir, ¿de dónde me habeis venido?" pregunta el hombre sorprendido de sí mismo. "¿Quién me dió ese deseo continuo de felicidad que tanto me inquieta? ¿Para quién el universo entero con su riqueza y sus encantos. . . . . ? ¿Para quién las promesas del cielo, donde siempre se vive y se goza. . . . ? ¿Para quién el Verbo Eterno de Dios descendido del cielo. . . . ? ¿Para quién la Divina Eucaristía, vida, sustento, consuelo. . . . ? ¿Para amar á quién?"

¿Renunciar tanta felicidad y tanto amor por hacer la propia voluntad? ¿Arrojar el alma lejos de sí,[2] y volver la espalda, y olvidar al Único con quien es feliz?

Y sabiendo todo esto se comete el pecado. ¿Dónde está entonces ese amor que Dios tanto nos pide, que nuestro mismo corazón siente, cuando dice: "sin Tí nada soy ¡oh Dios mio! sin Tí soy infeliz?"

Y con el pecado, todas las desgracias; siendo la primera, la ceguedad para conocerlas. . . . Siempre lejos de Dios, remordimientos, eterno gemir. . . . .

1 Jeremías, II, 20.
2 Job, XXI, 14. XXII, 17.

IV

Cuando estos pensamientos toman posesión del alma, sólo busca en el llanto su descanso. En la tranquilidad del retiro sólo escucha los gemidos del corazón, que no cesan de preguntarle "¿dónde está tu Dios?" "¡Ay! responde, en la majestuosa Eucaristía, de la que mi pecado me aleja." Y los oídos de su espíritu vuelven á oir el arpa de David.

"¡Oh qué felices son aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas! Por haber callado mi culpa, llegaron mis huesos á consumirse.... ¡Cuánto he sufrido! Mi clamor se ha elevado á Tí ¡oh Dios mio! porque de dia y de noche descargaste sobre mí tu mano..... Mi aflicción ha sido como una espina cruel, que me tenía atravesado. Entonces volví á Tí, porque Tú eres mi refugio en la tribulación que me tiene cercado. Tú, que eres mi alegría y mi consuelo, arráncame de entre los que me rodean.

Tú, ¡oh Señor! me has dicho: "Yo te daré inteligencia: te enseñaré el camino que debes seguir: tendré fijos sobre tí mis ojos para dirigirte." [1]

Aquí es donde el alma comprende que se halla bajo la mirada de Dios, y se cubre de rubor, y se humilla, al reflexionar que de todas las abominaciones que ella ha cometido, Dios ha sido testigo. Y

1 Salm. XXXI.

comprende también que Dios, presente por su inmensidad en todo el universo, está todavía más sobre la tierra, por su personal presencia en la Eucaristía. ¿Y qué son para la mirada de Jesucristo los muros del templo y de nuestras habitaciones? ¿Qué es la distancia, por grande que sea? Reflexión que confunde al alma, recordando sus crímenes: reflexión que la llena de confianza, pensando en la facilidad con que los afectos en que se desahoga, volarán á la presencia del Salvador.

¡Cuánto no debe gemir el alma que contempla en sí misma todas las desgracias y toda la horrible miseria que del pecado le han venido! Y lo que más la contrista es el constante pensamiento de haber preferido ella misma la infelicidad y la muerte, despreciando la Divina Eucaristía, que es la felicidad y la vida. Y así como David pulsaba el arpa al referir todo su infortunio á Dios, también el alma, entristecida, recorre una á una todas las fibras del corazón, y ofrece al Dios de la Eucaristía el clamor unísono que de ellas se escapa.

"Se han enclavado en mí ¡oh Señor! las saetas de tu ira: has dejado caer tu mano sobre mí. No ha quedado parte sana en mi carne á vista de tu indignación, ni paz en mis huesos á vista de mis pecados. Mis iniquidades sobrepujan por encima de mi cabeza, y me tienen agoviado como una carga insoportable. Mis llagas se han llenado de corrupción y podredumbre, á causa de mi necedad, y de la ceguedad que me ha hecho ofenderte. Estoy hecho una miseria, y encorvado hasta el sue-